12484
8e 12/70

TEATRO CÓMICO.

EL ANGEL DE LOS SAUCES.

E. M. R.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

1716

L47 - 5899

CATÁLOGO

de las obras dramáticas y líricas de la Galería

EL TEATRO COMICO.

PROPIEDAD DE MADRID.

Marchar contra corriente
Un noble de nuevo cuño
Entre dos mundos.
¿Quién es el padre?
La grandeza de Alcorcon

PROPIEDAD DE MADRID Y PROVINCIAS.

Á lo tuyo, tú.
Anton Perulero.
¡Cáscaras!
Con ayuda de vecino.
Conspiracion negrera.
Conspiradores y Duendes.
Desde el pescante al salon.
De peligro en peligro.
D. Ricardo y D. Ramon.
El alcalde de Móstoles.
El canto del cisne.
El ángel de los sauces.
El año del hambre.
El calavera de 50 años.
El destino lo quiere.
El exámen de un marido.
El hombre metódico.
El honor de una mujer.
El juramento de Casimiro.
El laurel y la oliva.
Ellas y ellos.
El médico brujo.
Entre un muerto y un verdugo.
El oro y el moro.
El primo de Ruperta.
El Redentor del Mundo.
El rizo de Doña Marta.
El señorito de pueblo.
El último adios.
El vestido de mi mujer.
Francisco Montes.
La aficion y el compás.
La casa del autor.
La caza del leon.
La doncella y las señoras.
La gota de agua.
La libertad y el poder.
La última entrega.
La ultima torpeza.
¡Las Consecuencias!
Las dos sendas de la vida.
Los novios de la viudita.
Marisabidilla.
Mi mujer y mi criado.
No me acuerdo.
Percances de un Adan.
Por amor al presupuesto.
Robo doméstico.
Roncar despierto.
Soy mi tio.
Una mujer de azucar.
Una tormenta.
Un cambio en el personal.
Un elijan.
Un hombre formal.
Vivir al vapor.

L47 -S899

EL ÁNGEL DE LOS SAUCES.

José Rodriguez

4 F-5

EL ÁNGEL DE LOS SAUCES,

COMEDIA EN UN ACTO,

ESCRITA EN PROSA Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON EMILIO MOZO DE ROSALES.

Representada con extraordinario aplauso en los Teatros de Madrid.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

PERSONAJES.	ACTORES.
CLARA.....	Sra. D.ª Trinidad Vedia.
MATILDE.....	D.ª Juana Gonzalez
FERNANDO.....	D. Ramom Mariscal.
ALFREDO.....	D. N. Lopez Ruiz.

La accion pasa en Madrid.—Año 18...

La propiedad de esta obra pertenece á D. Emilio Mozo de Rosales, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar; ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la coleccion de piezas, titulada *El Teatro Cómico*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

A LA DISTINGUIDA ACTRIZ

SEÑORA

DOÑA TRINIDAD VEDIA.

en testimonio de sincero aprecio,

El autor.

Mozo de Rosales. (Emilio)
El Angel de los Sauces, comedia en un acto en prosa
Madrid: Rodriguez
1870
8º m. vs ftª

~~[illegible]~~

36-D

ACTO ÚNICO.

Gabinete adornado con elegancia: puerta al fondo y dos laterales. Chimenea con fuego en el primer bastidor de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, CLARA y MATILDE aparecen colocando flores en los floreros. Las dos están vestidas con elegancia.

MAT. (Carácter vivo y apasionado.) Te repito que un hombre que llega de América no puede estar dispuesto á ocuparse de flores.

CLARA. Estás en un error, conozco la sensibilidad de Fernando y sé que todo lo que es poético y delicado le llama la atencion.

MAT. Ha debido cambiar por completo. Antes era un niño, ahora es un comandante del ejército...

CLARA. Y por ventura, no tienen corazon los comandantes?

MAT. Sí por cierto, pero no tan sensible como dices, porque la profesion modifica el carácter, y ántes ha debido volverse rudo y positivo el de Fernando que sentimental y fantástico.

CLARA. Dios quiera que no aciertes.

MAT (Arreglando la chimenea.) Yo en tu lugar le prepararia un buen fuego.

CLARA. Trabajo inútil.

MAT. Le haria sentar sobre una cómoda butaca para que descansase, y luego...

CLARA. Hablarias con él de los felices tiempos en que nos conocimos.

MAT. Le daria perfectamente de cenar.

CLARA. Buen modo de expresar el amor.

MAT. El amor no dice nada cuando está en ayunas.

CLARA. Me desesperas con tus aforismos.

MAT. Pero Clara...

CLARA. No mezcles la verdad, fria y desapacible, con el encanto purísimo de los sueños. Fernando es una sombra para mí, y las sombras no comen, no beben; seciernen sobre nuestras cabezas.

MAT. Y se desvanecen al despuntar el dia.

CLARA. Acaso tengas razon, pero no quiero creerlo! Soy tan feliz ahora! Mira, busca la música que cantaba con ó cuando se marchó á Cuba.

MAT. Le vas á dar el pentágrama para cenar? Bonito recibimiento.

CLARA. Siempre la misma idea!

MAT. Y más si no ha comido desde Sevilla. (Ruido fuera.) Ah! Esa voz...

CLARA. Es la de Alfredo.

MAT. Tu adorador obligado.

CLARA. Visita más inoportuna! Figúrate si llega Fernando ahora... Recíbele tú.

MAT. Gracias, hija mia; puesto que todos te quieren, á tí te toca contentar á todos. Sal del paso como puedas.

ESCENA II.

ALFREDO, CLARA.

CLARA. Jesus qué genios tan opuestos! Nadie dirá que somos hermanas.

ALF. Da usted su permiso?

CLARA. Adelante.

ALF. Matilde?...

CLARA. Buena.

ALF. ¿Y usted?

CLARA. Algo delicada.

ALF. (Con ironía.) Tambien la felicidad hace daño.

CLARA. Qué puede hacerle á usted creer?...

ALF. Todo, desde las flores que adornan esa chimenea hasta la palidez que vela el carmin de sus mejillas.

CLARA. Supone usted acaso?...

ALF. Que llega esta noche el comandante Fernando de Sandoval.

CLARA. Verdad es.

ALF. Hace seis años que se marchó de España.

CLARA. Seis años hace.

ALF. Y á pesar de una ausencia tan larga, ¿le sigue usted amando?

CLARA. Como el primer dia que le conocí, como le amaré siempre. De aquí mi oposicion sistemática á casarme con usted, por más que nuestros genios sean iguales y por más que le profese una amistad franca y verdadera.

ALF. Comprendo que he llegado tarde y me resigno; ¿pero qué misterioso filtro puede emplear Fernando de Sandoval para hacerse amar de ese modo?

CLARA. El filtro que tanto le preocupa á usted está en mi corazon. Lindaba la quinta de mis padres con la de los suyos, y Fernando, que tenia diez y siete años cuando le conocí, pasaba la mayor parte del dia á nuestro lado. Juntos aprendimos la música, la pintura y el arte de cultivar las flores.

ALF. Así se empieza siempre.

CLARA. Seguia yo con él algunas tardes la orilla de un arroyo cubierto de antiguos sauces, y al pie de sus troncos hendidos por el tiempo, nueva edicion de Pablo y Virginia, jurábame Fernando con el ardor de los primeros años, que me querria hasta la muerte, y yo le contes-

taba que mi corazon seria siempre suyo.

ALF. Hermosa novela.

CLARA. Tan hermosa al principio como triste despues. Encontró mi padre que Fernando era demasiado jóven para casarse, arregló mi boda con un magistrado de la córte, y el mismo dia en que le dí mi mano, aquel á quien yo amaba abandonó su patria jurando que se mataria no bien dejase de escribirle.

ALF. Afortunadamente para él, fué su esposo de usted quien perdió la vida.

CLARA. Libre quedé en efecto, y pasados los meses de luto, escribí á Sandoval que estaba dispuesta á cumplir mi palabra.

ALF. Y usted cree que el bizarro comandante de América volverá sin la más leve transformacion?

CLARA. En tan poco tiempo...

ALF. Que tendrá un bozo imperceptible; una cara inocente; un cutis sonrosado, y un talle flexible como el mimbre.

CLARA. No tanto.

ALF. Que será como en otro tiempo el *ángel de los sauces*? La poética imaginacion de la mujer que ama tiene el talento de embellecerlo todo.—Así son más crueles los desengaños que sufre despues.

CLARA. Pero usted supone?...

ALF. Nada; siga usted extasiada: yo marcho mañana.

CLARA. Á dónde?

ALF. Á América. Puesto que es el único medio de hacerse amar, aguardaré en el Nuevo Mundo á que enviude usted...

CLARA. (Riendo.) Pobre Sandoval!

ALF. Y volveré despues á ocupar el tercer turno.

CLARA. Jesus, qué desatino!

ALF. Vivo en esta calle y recibiré encargos hasta mañana. —Adios, dejo á usted para que, reclinada la mejilla sobre la mano, (Alude á la postura que tiene Clara.) bajos los ojos y pálido el semblante, aguarde usted al *ángel de sus sueños!*

FERN. (Fuera con voz de trueno.) Si bajo, aplasto á ese bribon de cochero.

CLARA. (Asustada.) Ay!

ALF. Qué matamoros es ese?

ESCENA III.

DICHOS, FERNANDO, en traje de camino; polainas de cuero de vaca; gorra de uniforme; color muy moreno; grandes bigotes; dos cicatrices en la cara; aire desenvuelto y marcial.

FERN. No te asustes, Clarita; soy yo, que riño con el cochero que me ha traido de la estacion. He estado á punto de abrirle de arriba abajo.

CLARA. (Mirándole con asombro.) Cómo! es usted?...

FERN. Fernando de Sandoval.

CLARA. (Santiguándose.) Jesus!

FERN. Tan variado estoy que no me reconoces? Mírame bien.

CLARA. Si parece imposible!

ALF. (Ap. á Clara.) (El ángel se ha convertido en diablo.)

CLARA. No vuelvo de mi asombro.

FERN. Pues qué encuentras en mí que tanto te llama la atencion?—Excepto dos cicatrices que debo á los filibusteros...

CLARA. Y ese color!

FERN. Un poco moreno.

CLARA. Y esos bigotes!

FERN. Nada puedes pedirles, porque son los mejores de mi batallon.—Qué guias, eh?

CLARA. Pase por los bigotes, pero la nariz...

FERN. Un yanquí tuvo la humorada de aplastármela de un culatazo.—Azares de la guerra.—En cambio, tú estás más guapa que nunca. (Viendo á Alfredo.) Ah! no habia reparado... Caballero... (Dándole la mano.)

ALF. (Retirando la suya.) (Ay! qué tenaza!) (Saludando.) Servidor...

FERN. Beso á usted la mano.

ESCENA IV.

FERNANDO, CLARA.

FERN. (Dejándose caer sobre una butaca.) Qué delicioso es reclinarse sobre una butaca despues de veinte dias de viaje. Siéntate á mi lado y no me mires con esa cara de despedir huéspedes.

CLARA. Dispénsame, Fernando, pero hay impresiones en la vida...

FERN. Que no pueden ocultarse, lo comprendo. Sin embargo, no debes afligirte, porque mi cariño hácia tí es invariable.

CLARA. (Sentándose y mirando á Fernando con temor.) Tienes hoy una cara...

FERN. Quién repara en esas pequeñeces? ayer estaba verdinegro.

CLARA. Pues mira lo que es la imaginacion, creia yo...

FERN. Que se pasaba de la infancia á la edad viril, de la existencia de salon á las vicisitudes de la guerra sin sufrir metamorfosis de ninguna especie? Pues creias mal. El niño se ha trasformado en hombre; el hombre en soldado, y el soldado en un loco que no concibe más placer que el de dar cargas á la bayoneta.

CLARA. De modo que han variado todos tus gustos?

FERN. Todos.

CLARA. No pintas?

FERN. Monigotes con la punta del sable.

CLARA. Y las plantas? Te acuerdas cuánto te gustaban ántes?

FERN. Todavía me gustan algunas.

CLARA. Cuáles?

FERN. La escarola y el peregil.

CLARA. Qué trivialidad!

FERN. Tambien me entretenian ántes los pajarillos, y sólo me seducen ahora las perdices escabechadas.

CLARA. Pues no me dirás que has abandonado el piano?

FERN. Completamente.

CLARA. Fernando!

FERN. Querias por ventura que llevase un piano atravesado sobre las ancas del caballo y que persiguiese con él á los filibusteros? ¡Lindo cuadro!

CLARA. Pase por el piano; pero el canto, aquella voz tan bonita que tenias... Eras tenor.

FERN. Ahora soy baritono.

CLARA. (Con alegria.) Y cantas?

FERN. Arias de esta naturaleza. (Con voz estertórea.) Batallon...

CLARA. (Tapándose los oidos.) Jesus!

FERN. En órden de batallaaa!

CLARA. Me destrozas el tímpano.

FERN. Lo creo; pero en campaña no se aprende otra cosa.

CLARA. Sin embargo, cuando estabas de guarnicion...

FERN. Entónces tenia muchas ocupaciones.

CLARA. Jugar al billar y hacer la córte á las cubanas...

FERN. (Distraido.) De todo habia...

CLARA. Qué?

FERN. (Bostezando.) Aaaá!

CLARA. Pues me gusta.

FERN. Dispénsame; tengo un cansancio y un hambre! Aaaá!

CLARA. Y es eso todo lo que tienes que decirme despues de seis años de ausencia.

FERN. No por cierto: inmenso fué mi júbilo al saber que estabas libre y que me amabas aún; pero hay momentos... aaá...

CLARA. Esto es inaguantable. Voy á prepararte una taza de té carabana.

FERN. Si he de hablarte con sinceridad, prefiero una chuleta de carnero á todas las aguas cocidas del mundo.

CLARA. Me desairas... Oh! Esto es demasiado.

FERN. Pero Clara...

CLARA. Déjame, déjame que llore.—Has dejado de ser la ilusion de mis primeros años, *el ángel de los sauces*. Todo ha concluido para mí... Qué desgraciada soy! (Entra llorando en su cuarto.)

ESCENA V.

FERNANDO.

Las mujeres de buena sociedad comian poco cuando me marché de España; pero ahora, por lo visto, no comen nada. Quién lo hubiese sabido!! Como las cartas que me escribia eran tan cuerdas y apasionadas... En fin, no es cosa de volverme atrás; empeñada está mi palabra, y seré su marido aunque muera de debilidad á los seis dias.

ESCENA VI.

FERNANDO, MATILDE.

FERN. Ah! Señorita?

MAT. Cómo señorita!... no me reconoces ya?

FERN. Es usted?...

MAT. Usted tambien?

FERN. Tú eres?...

MAT. Matilde... la hermana de Clara.

FERN. Aquella niña que jugaba sobre mis rodillas cuando me marché á Ultramar?

MAT. Precísamente: sólo que aquella niña ha crecido... ha crecido y tiene ya diez y siete años.

FERN. Hermosa criatura.

MAT. Tú, en cambio, vuelves un poquito más feo; pero no creas que te sientan mal esos bigotes y ese rostro curtido por el sol de los trópicos.

FERN. No?

MAT. Aborrezco á los militares afeminados.

FERN. De distinto modo piensa tu hermana.

MAT. (Riendo.) No le habrás parecido un Adonis.

FERN. Como que acaba de encerrarse en su cuarto para no verme.

MAT. Ya sabes que es un poco excéntrica.

FERN. Injusta debieras llamarla.

MAT. Pues mira, te quiere con pasion.

FERN. Hablaba de mí con frecuencia?

MAT. Á todas horas.

FERN. Sólo porque lo dices puedo creerlo, porque te aseguro que ya estaba arrepentido de haber vuelto de América.

MAT. Qué quisquillosos sois los hombres!

FERN. Siéntate á mi lado y hablemos de la época en que nos conocimos.

MAT. Te la recuerdo acaso?

FERN. Mas que Clara. (Una criada coloca manjares sobre el velador.)

MAT. (Llevándose un dedo á los labios.) Eso no se dice. Son caprichos de la memoria.

FERN. Son impresiones del alma.—Pero, qué haces? (Matilde acerca el velador servido al lado de la chimenaa.)

MAT. Pongo este velador al lado de la chimenea para que tomes algo.

FERN. (Con alegría involuntaria.) Qué oigo? tú comes?

MAT. Sí por cierto.—Mira que chuletas tan doraditas tienes aquí.

FERN. No las desairaré.

MAT. Y las he preparado yo misma.

FERN. (Enternecido.) Tú, Matilde...

MAT. Qué haces?

FERN. Me enjugo una lágrima... no por las chuletas, sino porque hay atenciones tan delicadas...

MAT. Yo me ocupo bastante de estas tonterías.

FERN. (Comiendo con avidez.) No son tonterías, no.

MAT. Te gustan?

FERN. Están deliciosas.

MAT. (Echándole vino.) Tampoco te desagradará un traguito de Valdepeñas.

FERN. No por cierto.

MAT. Le he mandado comprar para tí.—Es de seis años.—El mismo tiempo que hemos estado sin vernos.

FERN. Pobre Matilde.

MAT. Otra lagrimita! Dime, á los militares os gustan los

pastelillos de crema?

FERN. Á los militares nos gusta todo lo que es bueno.

MAT. Pues estos están diciendo comedme. Mira qué cara tienen.

FERN. Parecen miniaturas.

MAT. Por lo visto no te desagrada que entienda un poquito de cocina.

FERN. Me causas admiracion.

MAT. Á los hombres, sin embargo, os gustan más los ramos de adorno.

FERN. Que equivocada estás. Los hombres formales buscan mujeres que sepan dirigir una casa, y dejan á los pollos imberbes el cuidado de enamorar muchachas casquivanas.

MAT. Pues el novio que se prende de mi talento chasco se lleva. Figúrate que ni sé pintar...

FERN. Me alegro.

MAT. Ni tocar una polka.

FERN. Mejor que mejor.

MAT. Ni dibujar una nariz.

FERN. Pues eres una mujer completa.

MAT. Sabes que has vuelto muy galante?

FERN. Cómo quieres que sea ingrato contigo cuando tambien me recibes?

MAT. Te recibo... como á un hermano. Y si supieras las lágrimas que me ha costado tu bendita aficion á la carrera de las armas!

FERN. Temiais que me diera la fiebre amarilla?

MAT. Ó que te alcanzase la bala de algun filibustero. Cuantas veces al declinar el dia te contemplaba desde aquí cruzando á la cabeza de tu batallon las vírgenes soledades de América. Oia las voces de mando, el estampido de la fusilería y los lamentos de los heridos. Pero mi angustia duraba poco tiempo, pues disipado el humo que cubria el campo del combate, volvia á verte, erguida la frente, serena la mirada y tremolando sobre un grupo de héroes la inmaculada bandera de Cristo-

bal Colon. Creia yo entónces que volvias los ojos á España en busca de un grito generoso que alentase tu esfuerzo, y te enviaba ese grito desde el fondo del alma, sintiendo no poder restañar la sangre que brotaba de tus heridas, y rezar al pie de aquel puñado de valientes que iba á morir á dos mil leguas de su patria al grito de «viva España.»

FERN. Muy bien, Matilde, eres digna de tener por marido al oficial más bizarro de nuestro ejército.

MAT. Y poco hueca que iria yo de su brazo! Pero no hagas caso de las tonterías que digo.

FERN. Cuán grande seria mi felicidad si Clara pensasé como tú!

MAT. Bah! No te aflijas; yo que no me casaré nunca y que viviré siempre á vuestro lado, procuraré trasformarla. —Verás que consejera tan buena soy!—Por supuesto que no has de incomodarte nunca, si no... (Amenazándole con el dedo.) Ah! mira, quiero ser madrina del primer niño que tengas; le cuidaré mucho, le enseñaré á leer, y ya en estado de tomar carrera, le diré que escoja la de las armas, para conquistarse un nombre tan glorioso como el de su padre.—Te gustará esto?

FERN. Eres un ángel.

MAT. Verás que felices somos, porque la guerra ha concluido para tí.

FERN. Qué dices?

MAT. El casado pertenece á su mujer, y no hemos de ser tan poco cuerdas que te dejemos correr aventuras por esos mundos de Dios. En casita cuidando de tus bienes... es decir, si nuestra compañía no te aburre.

FERN. Todo lo dejaria por vivir á tu lado; pero por qué se humedecen tus ojos, Matilde... estás llorando.

MAT. (Riendo y llorando al mismo tiempo.) De Alegría... de... no hagas caso... soy una tontuela... Pero qué cabeza la mia! Voy á servirte el café; lo he mandado hacer como en América, para que lo encuentres mejor.

FERN. No consiento que te molestes.

MAT. Qué bobo eres! Á mi edad no molesta nada. (Se marcha corriendo.)

ESCENA VII.

FERNANDO.

Que dichoso será el hombre que se case con esa muchacha! Ha llorado por mí, cuando tal vez no se acordaba nadie de que existia yo en el mundo. Pensemos en otra cosa. Así como así estará siempre á mi lado cuidándome... No, el dia que me case abandono la España para siempre.

ESCENA VIII.

FERNANDO, CLARA.

CLARA. Fernando.
FERN. Qué?
CLARA. Ah! Veo que has saciado tu apetito.
FERN. Gracias á la generosidad de Matilde. Esa niña es un ángel.
CLARA. Por lo visto sólo aprecias las personas que te dan de comer.
FERN. Me asimilo en esto á la raza canina.
CLARA. Lo cierto es que he sido un poco injusta contigo.
FERN. Ya ves, qué culpa tengo yo de no ser un Narciso?
CLARA. Y sobre todo, que bien puedes transformarte aún.
FERN. En un *titi* de salon? Nunca.
CLARA. Pero comprende que esos bigotes te desfiguran por completo.
FERN. Pues no me los corto.
CLARA. Aunque te lo ruegue?
FERN. Aunque me nombren capitan general.
CLARA. No digas que me quieres entónces.
FERN. Con más motivo podria quejarme yo de tu cariño.

CLARA. Á ser menos consecuente hubiera estrechado mis relaciones de amistad con don Alfredo Maqueda, que es uno de los jóvenes más finos y más acaudalados de Madrid. Aquí estaba precisamente cuando has llegado.

FERN. Debe ser un fátuo.

CLARA. Casi siempre engañan las impresiones del momento

FERN. Por eso te perdono. Tu primera acogida ha sido glacial, y sin embargo, estoy persuadido de que tu corazon es excelente.

CLARA. Bien puedes decirlo.

FERN. Las numerosas cartas que me has escrito durante seis años, lo prueban de sobra.

CLARA. (Asombrada.) Las numerosas cartas! Sabes que no me gustan las chanzas?

FERN. Y por qué dices eso?

CLARA. Porque las numerosas cartas de que hablas se reducen á *una*.

FERN. (Asombrado.) Á una!!

CLARA. Escrita de mi puño y letra, ocho meses despues de la muerte de mi marido.

FERN. Me has escrito una carta cada dos meses, es decir, seis al año, y como seis por seis son treinta y seis...

CLARA. Has recibido treinta y seis cartas mias!

FERN. Precisamente.

CLARA. Eso es falso.

FERN. Me lo dirás á mí, que las he leido todas.

CLARA. Y á mí, que tengo completa seguridad de no haberlas escrito.

FERN. (Levantándose.) Es cuanto puede mentirse!

CLARA. Eso digo yo; es cuanto puede mentirse!

FERN. Pero si las conservo dentro de mi maleta.

CLARA. Trabajo te costaria enseñármelas.

FERN. Figurate, la fonda está á dos pasos.

CLARA. Jesus! que terquedad de hombre!

FERN. Que las conservo he dicho. (Gritando.)

CLARA. Bonitos modales para tratar con una mujer delicada.

FERN. Delicadezas hay que son un tósigo.

CLARA. Y groserías que son un martirio.

FERN. (Paseándose por la habitacion.) Tará, tará, tará, tará. (Tocando con los labios un paso de ataque.)

CLARA. (Siguiéndole.) Aquí no estamos en un campamento.

FERN. (Andando á paso de carga.) Tará, tará, tará, tarrrá.

CLARA. (Siguiéndole desesperada.) Te has convertido en un hombre incivil.

FERN. Tarará, tarará, tarará, tarará.

CLARA. Eres un filibustero, un yanquí, un salvaje.

FERN. (Parándose é imitando con los labios y con las manos un redoble de tambor.) Raaaam, plan, plan, plan. Se concluyó. Voy á buscar las cartas.

ESCENA IX.

DICHOS, MATILDE con un servicio de café.

MAT. El café.

FERN. Bueno estoy yo para tomar café. ¡Voto á treinta millones de fajinas! (Váse.)

ESCENA X.

CLARA, MATILDE.

MAT. Pero qué pasa aquí? Qué significan esos toques de corneta?

CLARA. Significan que ha empezado la guerra entre Fernando y yo. Figúrate que se empeña en que le he escrito yo treinta y seis cartas!!

MAT. Eso no vale nada.

CLARA. Pues me gusta la salida.—Yo no podia escribirle estando casada con otro, de modo que las tales cartas ó son un medio de estudiar mi carácter ó un pretexto para romper conmigo.

MAT. De romper contigo!...

CLARA. Sí; una prueba; pero te aseguro que no quedará muy satisfecho del ardid.

ESCENA XI.

DICHOS, ALFREDO.

ALF. Hacen ustedes el favor de decirme por qué corre Sandoval por las calles con la cabeza descubierta?

CLARA. Porque acabo de tener con él una acalorada discusion!

ALF. Tan pronto.

CLARA. El ángel de mis sueños...

ALF. Se ha trasformado en ángel caido.

CLARA. Todo cuanto usted se figure es poco. ¡Qué maneras. Qué falta de consideracion!

MAT. Por Dios, Clara!...

CLARA. Si creo que me va á faltar la vida! (Reclinándose sobre una butaca.) Aire... agua... yo muero...

ALF. Corro en busca de un frasquito de sales. Cuídela usted. (Á Matilde: se marcha corriendo.)

ESCENA XII.

CLARA, MATILDE.

AT. Te pones mejor, hermanita?

CLARA. ¡Qué desengaño!

MAT. Pues á mí bien guapo me parece.

CLARA. No sabes lo que dices.

MAT. Ni tú tampoco.—Para la tonta que fie en riñas de enamorados. Antes de dos horas habeis hecho las paces.

CLARA. Que lo espere.

FERN. Y muy satisfecha que estarás de que te perdone.

CLARA. Bonita es la niña.

MAT. Pero no ves que tienes empeñada tu palabra; que ha vuelto expresamente para casarse, y que con un rompimiento de esta especie te pondria en ridículo.

CLARA. Harto lo sé; pero te aseguro que lo siento de todo corazon.

MAT. Vamos, no tengas tan mal genio, que al fin el pobrecillo ha vuelto de América por tí y te quiere... Vaya,

como que me lo ha dicho. Ya sube.—Mira, trátale con cariño por mí, por mí que te quiero tanto y que me sacrificaria para que fueses dichosa.

CLARA. Ahora me seria imposible... necesito calmar la excitacion nervosia que tengo.—Recíbele tú. (Se marcha.)

ESCENA XIII.

MATILDE, despues FERNANDO.

MAT. Tambien es trabajo que siempre me encarguen á mí las comisiones más delicadas.

FERN. (Con un paquete de cartas.) Ves esto?

MAT. Sí.

FERN. Pues cuenta...

MAT. Para qué...

FERN. Para qué tu hermana deje de afirmar que sólo me ha escrito una carta. ¿Es esta su letra?

MAT. Sí. (Turbada.)

FERN. Es esta su firma?

MAT. Tambien.

FERN. Pues vamos á buscarla.

MAT. No tengas tanta prisa, hombre, no tengas tanta prisa. Yo te diré...

FERN. Qué?

MAT. (No hay remedio.) Haces el favor de sentarte á mi lado?

FERN. En otro momento.

MAT. Ahora mismo.

FERN. Si te empeñas... Vamos, habla. (Se sienta.)

MAT. (No sé cómo empezar.) (Momento de pausa.) Me quieres mucho, Fernando?

FERN. Mucho.

MAT. Como á una hermana?

FERN. Un poquito más.

MAT. Y no te enfadarás conmigo?

FERN. Nunca.

MAT. Entónces voy á confiarte un secreto que me habia propuesto no revelar á nadie.—Pero has de ser discreto.

FERN. Cuenta conmigo.

MAT. Pues bien, la víspera de tu viaje tejia yo coronas de flores entre los sauces que nos servian de paseo; mi hermana más pálida que de costumbre me contemplaba desde un banco de musgo... Te acercaste á ella lentamente... ibas á darle el último adios.

FERN. Lo recuerdas aún.

MAT. Tenia once años. (Bajando los ojos.)

FERN. Sigue.

MAT. Abandoné mis juegos... me aproximé tambien... y vi que estabais llorando. Se me oprimió el corazon entónces y lágrimas silenciosas brillaron en mis párpados. La vida hubiera dado por poderos unir... Os queria tanto! Desgraciadamente, al par del vuestro, crecia mi dolor, y no podré explicarte el espanto que se apoderó de mí cuando te oí exclamar: «El dia que no reciba carta tuya dejaré de existir.»

FERN. Pobre niña!

MAT. Inútil me parece referirte que hice cuanto pude para que mi hermana te escribiera, pero me contestó siempre que un sagrado deber se lo impedia. Le sobraba razon para hablarme de esta suerte, pero yo sólo me acordaba que habias jurado morir y de que cumplirias tu promesa no bien llegara á Cuba el primer correo de España. Ignoraba qué partido debia tomarse; corrian las horas y con ellas se aumentaba el secreto temor que me oprimia el alma. Á fuerza de pensar, sin embargo, me acordé que mi letra y la de Clara tenian tal parecido que se las confundia en casa. Entónces... perdóname, Fernando, falsifiqué la firma de mi hermana para salvarte la vida.

FERN. Tú! tú me escribias!

MAT. Lo hice al principio recordando vuestras conversaciones...

FERN. Y despues...

MAT. Despues... Si vieras qué vergüenza de confesar estas cosas...

FERN. Sigue, sigue por Dios.

MAT. Despues... el corazon me dictaba las cartas... Empecé jugando y concluí por ser esclava de tu correspondencia. Un olvido tuyo me hubiera costado una enfermedad.

FERN. Pero cómo no comprendia yo que el alma generosa que me alentaba desde España era la tuya!

MAT. El alma sí es buena... pero las cartas tenian muchas faltas de ortografía, verdad?

FERN. Antes eran modelos de ternura.

MAT. Y las conservas aún.

FERN. Y las conservaré toda la vida.

MAT. Pero en lugar seguro, muy seguro, para que no las lea nadie.

FERN. Eso es imposible.

MAT. Qué diria mi hermana si lo supiera.

FERN. Tu hermana...

MAT. Jesus! Me moriria de vergüenza.

FERN. Y yo de rabia si no te pudiera expresar lo que en este momento siente mi corazon.

MAT. Oh! Calla por Dios... me lo has prometido. Cómo ha de ser! (Enjugándose los ojos.) El tiempo cicatriza las heridas del alma... Tambien me consolará á mí.—Sé dichoso.

FERN. Matilde, Matilde...

MAT. Silencio... Mi hermana se acerca. (Váse.)

ESCENA XIV.

FERNANDO, CLARA.

FERN. (Esa boda es imposible!)

CLARA. Cuántas has encontrado?

FERN. (Ya he tomado mi partido.) (Con naturalidad.) Una.

CLARA. Y las treinta y cinco restantes?

FERN. Una broma mia, ó mejor dicho una prueba.

CLARA. Lo suponia. Una prueba para estudiar mi carácter.

FERN. Precisamente.
CLARA. Y qué opinion has formado de mí?
FERN. Francamente, que no se te puede resistir.
CLARA. Segun eso, abrigabas la idea de manejarme como á una esclava?
FERN. Siento decírtelo, pero, educado militarmente, no consiento en mi casa más autoridad que la mia.
CLARA. Hola!
FERN. Ni quiero que nadie tenga voluntad propia más que yo.
CLARA. Pues qué es entónces la mujer para tí?
FERN. Un recluta.
CLARA. Qué barbaridad!
FERN. Un cero á la izquierda.
CLARA. Apenas puedo creerlo.
FERN. Pues créelo, hija mia, una vez casado, enseñaré la ordenanza á mi mujer, y si falta á una sola de las disposiciones vigentes...
CLARA. La enviarás á un castillo?
FERN. La encerraré en la carbonera de mi casa.
CLARA. ¡Qué horror!
FERN. Y la tendré quince dias á pan y agua.
CLARA. Yo sucumbo... pronto... un frasquito de sales.

ESCENA XV.

DICHOS, ALFREDO.

ALF. Aquí está. (Sosteniendo á Clara.)
CLARA. Ah! el cielo le envia á usted.
FERN. Sí señor, el cielo le envia á usted para que sea nuestro juez.
ALF. Difícil es el cargo, porque tambien soy parte interesada, pero sin embargo, hablen ustedes.
FERN. Ya tendrá usted conocimiento de nuestro mútuo compromiso.
ALF. Sí, señor.
FERN. Pues bien, lo único que se me ocurre es que estoy dis-

puesto á casarme.

CLARA. Y yo tambien.

FERN. No quiero que se me tache de hombre informal.

CLARA. Ni yo deseo pasar por una mujer casquivana.

ALF. (Tomando su sombrero.) Entónces queden ustedes con Dios, el juez está de sobra...

CLARA. Deténgase usted.

FERN. Esta señora quiere decir algo más.

CLARA. Es muy cierto: deseo hacer presente, que habiendo sufrido un cambio inesperado el carácter de Sandoval, y comprendiendo que este cambio labrará mi desdicha, le ruego tenga á bien eximirme del compromiso que he contraido con él.

ALF. Qué contesta usted?

FERN. Que hallo justísima la peticion de Clara. Idealista hasta la exageracion, no comprenderia nunca la prosa de la vida. Entregue su mano á un hombre, que como usted, sepa apreciar la sensibilidad de su alma, y viva yo dichoso sin contrariar mis gustos.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MATILDE, entra de puntillas sin que la observen.

CLARA. No esperaba yo menos de tí. (Á Fernando.)

ALF. Cuente usted con mi eterna gratitud.

CLARA. (Á Fernando con tristeza.) Pero y tú?

FERN. Yo... yo estoy casado hace quince dias.

MAT. (Desplomándose sobre una butaca.) Casado!! (Todos rodean á Matilde.)

CLARA. Hermana mia!

FERN. (Tomando de la mano á Matilde, que se levanta.) No se asusten ustedes, he querido decir que dentro de quince dias estaré casado con Matilde.

CLARA. Con Matilde?

ALF. Se amaban ustedes?

MAT. (Muy turbada.) Yo... Jesus... qué desatino!

FERN. Ya lo oyen ustedes, es un desatino—pero estoy seguro

de que no rehusará la mano de su amigo, de su hermano de la infancia.

MAT. Si mi hermana quiere...

CLARA. Sí, Matilde, porque tambien me caso con Alfredo.

MAT. Estaba de Dios. (Ay! qué peso me ha quitado de encima.) En un mismo dia se celebrarán las dos bodas. (Á Fernando.)

Pero al aceptar tu amor
advierto que no has de irte,
pues podrian escribirte
para hacernos un favor,
y esto seria muy triste.
Ninguna réplica admito;
obedéceme contrito,
desde hoy—mi dicha labra,
y sostendré... de palabra,
lo que ofrecí por escrito.

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Manzano.
Albacete	Ruiz.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Muro.
Alicante	Gossart.
Almería	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Coronado.
Barcelona	Cerdá.
Idem	Gonart.
Bejar	Lopez Coron.
Bilbao	H. de Delmas.
Burgos	Rodriguez.
Cáceres	Jimenez.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañía.
Cartagena	Pedreño.
Castellon	J. María de Soto.
Ceuta	M. G. de la Torre.
Ciudad-Real	Acosta.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Viuda de Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	J. Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Brieba.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez Alvarez.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Hijos de Gutierrez
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios.
Pontevedra	Buceta Solla y compañía.
Pto. de Sta. María.	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	V.ª de Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Oña.
Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Gra. Campos.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Hijos de Fé.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	I. García.
Valladolid	Nuevo.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	A. Juan.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.